

suerte que en su lugar salieron elegidos también candidatos oficiales.

En el nuevo cuerpo legislativo solo algunas celebridades muy contadas de parlamentos anteriores recordaban lo pasado; una tercera parte de los elegidos eran alcaldes de ciudades ó de aldeas. Según la constitución no podían elegirse funcionarios que recibieran sueldo del Estado; pero los alcaldes que llenaban funciones gratuitas habían sido nombrados también por el presidente, y fuera de estos alcaldes habían entrado con preferencia en el cuerpo legislativo los representantes de las grandes industrias. El príncipe nombró presidente de este cuerpo á Billault, del cual hablaremos más adelante. Para esta presidencia había sido destinado al principio Morny; pero los ministros conferenciando entre sí y con el príncipe Jerónimo Bonaparte, ex-rey de Westfalia, que estaba destinado para presidente del senado, convinieron en disuadir de esta idea á Napoleón, el cual cedió, quizá con gusto, cuando le insinuaron que en lugar de Morny podía atraerse con este puesto á un varón tan notable como Billault.

Con la apertura de las cámaras, que se efectuó el 29 de marzo con ostentación casi regia, había llegado á su término el período de dictadura, lo cual el príncipe presidente marcó especialmente en el discurso de apertura. En él decía que la nueva constitución daba al país otra vez instituciones duraderas, después de haber parecido la sociedad durante demasiado tiempo una pirámide puesta de punta, pero que en adelante descansaría sobre su base. Negó la intención de restablecer el imperio, añadiendo que si éste fuera su objeto, lo hubiera podido lograr hacia mucho tiempo; pero que semejante cambio solo sería racional si los partidos vencidos intentaran comprometer con incesantes turbulencias el porvenir del país. No debía tocarse sin razón á la forma republicana por nadie amenazada y que podía tranquilizar á todo el mundo.

En vista de la gran abundancia de decretos con fuerza de ley que había originado el período de la dictadura, no tuvo el cuerpo legislativo mucho que hacer, y por eso pareció más chocante que Billault en su discurso de apertura ensalzara el papel importante que estaba destinado á la cámara y llegase á alabar la limitación del derecho de presentar enmiendas. Sobre este punto dijo que las asambleas anteriores no habían podido defenderse contra las ocurrencias súbitas y las proposiciones de sus miembros, pero que en adelante el Consejo de Estado era el encargado de examinar maduramente todos los proyectos, y al mismo tiempo que rechazara todas las utopías, librara á la asamblea del diluvio de enmiendas. Esto pareció un poco excesivo hasta á los bonapartistas más adictos, y en la discusión del presupuesto no solamente Montalembert lamentó el puesto inferior del cuerpo legislativo frente del Consejo de Estado, sino que también la comisión de presupuestos mostró en su informe cierto disgusto, diciendo entre otras cosas: «Antes trataba la comisión directamente con los ministros, pidiéndoles los comprobantes que juzgaba necesarios y explicaciones verbales en las sesiones, con lo cual se hacían por regla general superfluas otras discusiones. Después sometía la comisión sus proposiciones á la cámara, cuando ahora la comisión solo puede tratar con el ministerio por medio del Consejo de Estado y si resuelve proposiciones de modificación, han de ser examinadas también estas proposiciones por el mismo Consejo, en el cual la comisión no las puede ni explicar ni defender.» Esto explicaba, decía el informe, la lentitud de las deliberaciones de la comisión, de la cual no era la culpa sino de la constitución. La comisión se limitó á estas observaciones; pero aun así y todo la reprimió el ministro de Estado

indirectamente expresando la esperanza de que los grandes cuerpos gubernativos se mantuvieran exactamente dentro de sus límites, sobre todo la primera vez que se reunieran, porque solo así podían cumplir debidamente su mandato. Esta indicación fué perfectamente comprendida, y después de haber sido aceptado el presupuesto por todos los votos menos uno, y de haber concedido el senado al príncipe presidente la asignación anual de doce millones de francos, cerró Napoleón la legislatura diciendo en su mensaje que esta primera prueba de la nueva constitución demostraba que la Francia tenía todas las condiciones de un gobierno fuerte y libre; que animado del deseo del bien descansaba sobre el pueblo como fuente de todo poder, sobre el ejército como fuente de toda la fuerza y sobre la religión como fuente de toda la justicia.

Pocas semanas después salieron del ministerio el marqués de Turgot, el conde de Casabianca y Lefebvre-Durulé, entrando en su lugar Fould como ministro de Estado, Magne para Obras públicas y Comercio y Drouyn de Lhuys para Negocios extranjeros. En vano Persigny trató en esta ocasión de hacer suprimir el ministerio de Policía, que como ministro del Interior le molestaba cada día más. Maupas, por otra parte, se sostuvo tenazmente en su puesto, peligroso, pero también muy influyente, con lo cual se acabó la buena inteligencia entre él y Persigny sin que cobrase fuerza el puesto de Maupas.

Drouyn de Lhuys había sido ya desde diciembre de 1848 dos veces ministro de Negocios extranjeros y en el intermedio había sido embajador en Londres. Su carrera era la diplomática; en 1840, teniendo treinta y cinco años de edad, ascendió á director en la sección de Comercio en el ministerio de Negocios extranjeros, y algunos años después, habiendo reñido completamente con Guizot, hizo dimisión y se agregó á la oposición, tomando asiento en el centro izquierdo. Tenía fama de diplomático diestro y sagaz; su carácter personal era intachable y á las grandes potencias era como ministro persona grata, ya que bajo su dirección se había efectuado en 1849 la expedición á Roma.

Drouyn de Lhuys se había conciliado desde mucho tiempo con el nuevo orden de cosas en Francia, porque si bien no era enteramente de su gusto, tuvo el gran mérito de haber dado el golpe de gracia á la revolución europea. Es verdad que la reacción había triunfado ya casi en todas las demás partes; pero solo podía considerarse completamente segura después del golpe de Estado, y la satisfacción que se sintió fué mayor que el sentimiento de ver aplazado por mucho tiempo el triunfo de la legitimidad en Francia. El presidente del consejo de ministros de Austria, Schwarzenberg, dijo en una memoria el 29 de diciembre (1) que los Borbones al volver á reinar en Francia despertarían recelos con su inclinación al constitucionalismo, lo que no sucedería con Napoleón, cuyas tendencias eran monárquicas, pero cuyo reinado tampoco tendría mucha duración, porque en Francia era ya permanente la revolución. Por lo pronto, sin embargo, Napoleón era en su concepto el mejor y hasta el único apoyo del orden, por cuya razón recomendaba á las potencias del Norte el reconocimiento de la nueva institución en Francia, y aun el del príncipe cuando adoptara el título de emperador, por mucho que repugnara á la dignidad de las familias soberanas antiguas reconocer como su igual «á un individuo como Luis Napoleón.» Á este solo debía exigirse que con el título de su tío no adoptara su política de conquistas, pues en este caso las grandes potencias firmemente unidas se opondrían á toda ruptura de los tratados de 1815.

(1) Se encuentra en la obra alemana de Geffcken: *El golpe de Estado del 2 de diciembre de 1851 y su influencia en la Europa*, Leipzig, 1870, pág. 79.

El rey de Prusia, Federico Guillermo IV (1), deseaba no reconocer á Napoleón; pero previendo que el Austria y los Estados del Sur de Alemania le reconocerían, temió que su conducta en esta cuestión le trajera el peligro de una guerra, á la cual no quería exponerse sin que Rusia ó Inglaterra hicieran causa común con él y le garantizaran la integridad de sus Estados. Sin embargo, aquellas dos potencias estaban muy lejos de asociarse á la conducta del rey de Prusia. El emperador Nicolás no se hizo demasiadas ilusiones acerca de las ventajas que los gobiernos absolutistas podían sacar del triunfo de Napoleón, y por medio de su canciller Nesselrode dijo algunos meses después al gobierno francés que antes del golpe de Estado se había librado toda la Europa de las consecuencias de las revoluciones de 1848 y que se había acabado con la democracia, excepto en Francia, que estaba luchando todavía con su constitución imposible que amenazaba asfixiarla; pero que á la primera noticia del golpe de Estado había aplaudido el acto de Napoleón y que nada tendría que objetar á que éste se hiciera presidente vitalicio con tal que no adoptara el título de emperador. Como por lo pronto no trataba Napoleón de adoptar este título, no podía contar el rey de Prusia con la cooperación del emperador Nicolás. Menos dispuestos estaban los hombres de Estado de Inglaterra á mezclarse en los asuntos interiores de Francia, pero esto no impidió que por lo pronto se extendiera semejante opinión equivocada.

Lord Palmerston, con el fin de evitar que Napoleón se acercara á las potencias del Norte, se apresuró á aprobar el golpe de Estado, y á pesar de la resolución del gabinete inglés, aprobada por la reina, desechó todo cuanto pudiera parecerse á una ingerencia en los asuntos interiores de Francia. La extralimitación de Palmerston hizo inevitable su salida del gobierno, sobre todo después que la reina, en agosto de 1850, en una carta que dirigió al presidente de su gabinete, se quejó de la conducta arbitraria de Palmerston, exigiendo que éste en adelante declarara con toda precisión lo que se proponía hacer, á fin de que la reina supiese también con precisión lo que sancionaba, y que Palmerston se abstuviese de modificar arbitrariamente ninguna disposición aprobada por ella, pues semejante conducta era una falta de sinceridad que se vería precisada á castigar haciendo uso de su derecho constitucional de destituir á sus ministros. Palmerston tomó copia de esta carta y prometió arreglar á ella en adelante su conducta, lo que no impidió que en esta cuestión importantísima procediese en sentido directamente contrario. Esto obligó á lord John Russell, jefe del gabinete, á pedir á lord Palmerston su dimisión y á proponer á la reina como sucesor á lord Granville.

Estos sucesos hicieron creer que el gabinete inglés era hostil al príncipe-presidente; pero la creencia era errónea, porque como Russell observó expresamente en una carta á Palmerston, para el gobierno inglés se trataba únicamente en este caso de si Palmerston se había excedido en su cargo oficial. En efecto, las relaciones entre París y Londres se hicieron luego muy amistosas y el gabinete inglés retiró de París á su embajador lord Normanby, que era poco grato al gobierno francés, y envió en su lugar á lord Cowley. En febrero de 1852 cayó el ministerio Russell y ocupó su lugar un ministerio tory, en el cual se encargó de la cartera de Negocios extranjeros lord Malmesbury, que era amigo personal de Napoleón. Éste aseguró al ministro inglés en una carta autógrafa que se entendería leal y amistosamente con Inglaterra en todo cuanto pudiera afianzar la paz y fomentar los progresos de la civilización. El ministro inglés tuvo

(1) Véase su correspondencia con Bunsen por Ranke, Leipzig, 1873.

confianza en esta oferta, á pesar de recibir advertencias de muchos lados de que el presidente meditaba guerras y venganza por el cautiverio de su tío en Santa Elena, y los acontecimientos le dieron la razón. En todas las pequeñas diferencias diplomáticas se mostró Napoleón muy complaciente con Inglaterra; el cónsul francés que se proponía era castigado, y en cualquiera parte donde Inglaterra necesitaba el apoyo francés, como en Egipto y Cuba, lo concedió al momento. Evitó toda contienda, y si trató, por ejemplo, de ne-



Eugenio Rouher (según fotografía)

gociaciones anteriores y abandonadas, como la permuta de los territorios de Albreda y Portendik en Senegambia, lo hizo únicamente para zanjar una cuestión que podía dar lugar á desavenencias. «Estoy convencido, escribió Malmesbury, de que su intención es consolidar la paz con nosotros; quiere casarse y tener sucesión, y con sus siete millones de votos bastará su nombre para sostenerle durante toda su vida (2).»

Todas las grandes potencias y á ejemplo de ellas los demás Estados reconocieron al nuevo gobierno de Francia, si bien en diferente grado, porque el gobierno de Prusia mostró mucha reserva y frialdad, el emperador de Rusia pidió que Napoleón no adoptara el título de emperador, y la Inglaterra por el contrario deseó que lo adoptara para impedir de este modo una inteligencia entre los gobiernos de Francia y de Rusia respecto de la cuestión de Oriente, que asomaba ya amenazadora en el horizonte político. El Austria no solamente estaba decidida á aceptar sin dificultad el restablecimiento del imperio, sino que se apresuró á acercarse al

(2) Malmesbury: *Memoirs*, págs. 17, 20, 70 y 73.

gobierno francés para defenderse contra los refugiados revolucionarios, que amenazaban el orden existente. Con este objeto Schwarzenberg en enero de 1852 marchó á París para proponer á Napoleon la ocupacion militar en comun de la Suiza. Napoleon no accedió á esta proposicion, limitándose á pedir que el consejo federal expulsara del país á todo refugiado cuya expulsion le pidiera el embajador de Francia; pero el gobierno suizo, si no queria rebajarse á ser instrumento ciego y obediente del extranjero, no podia someterse



Maupas, ministro de Policía (según fotografía)

Baviera, que solo queria asociarse al bloqueo si la dieta de Francfort lo resolvía. En vista de esto refrenó Napoleon su exigencia y se contentó con que el consejo federal prometiese una estrecha vigilancia de los refugiados y la expulsion de aquellos que tomaran parte en conspiraciones políticas.

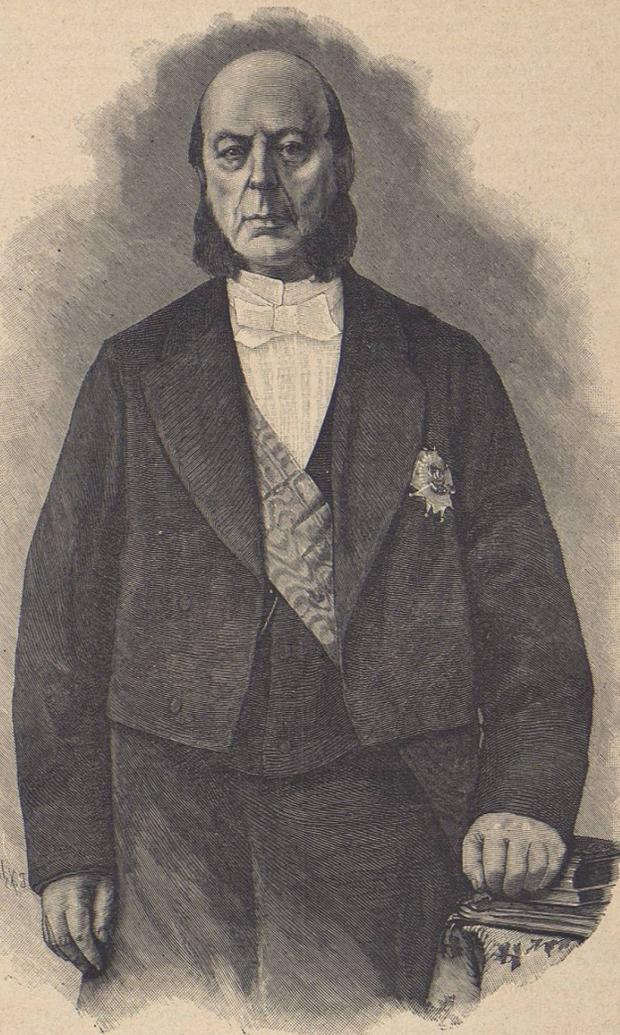
Las intenciones malévolas que se atribuyeron á Napoleon respecto de la Bélgica quedaron ahogadas por lo pronto en gérmen. Se dijo que inmediatamente despues del golpe de Estado habia proyectado apoderarse de improviso de la Bélgica y que tenia ya firmado el decreto de anexion de este país, cuyo decreto, según se dijo, no se publicó gracias á las observaciones de Fould y de otros capitalistas. Estas voces consideradas muy fundadas en Bruselas determinaron al gobierno inglés á recordar á Napoleon á principios de enero que Inglaterra consideraba la independencia de Bélgica como un interés vital y que además estaba obligada por los

á semejante exigencia. La situacion de Suiza era difícil, porque el gobierno ruso habia suspendido toda relacion con aquella república y sus relaciones con el gobierno de Prusia eran muy tirantes. En esta situacion solo podia serle útil la Inglaterra, y el gobierno inglés no le negó su apoyo. Lord Cowley á fines de febrero, en París, hizo diligencias confidenciales, pero serias, que produjeron su efecto, principalmente porque el proyecto francés de organizar el bloqueo político y mercantil de la Suiza se estrelló contra la resistencia de

tratados á proteger este país. En Berlin se tranquilizó al príncipe de Ligne, á quien el rey Leopoldo habia enviado allí en mision confidencial, diciéndole que la Prusia consideraria un ataque francés á la Bélgica como un reto. Además el presidente del gabinete de Prusia dijo al embajador de Inglaterra que estaban hechos todos los preparativos para reunir dentro de tres semanas cien mil hombres á orillas del Rhin; que dentro de seis semanas podria enviarse un triple número, y que estaba tambien pronto el gobierno prusiano á ponerse de acuerdo con las demás grandes potencias para rechazar un ataque francés. El gobierno inglés no aceptó este pacto, por no ser política muy cuerda arrojar de esta manera el guante á una nacion tan quisquillosa como la francesa. Por otra parte se opusieron tambien el Austria y la Rusia, y el czar dijo que el peligro no era tan grande, y que sin negar su auxilio en caso de peligro no queria por lo

pronto reanudar con Bélgica las relaciones diplomáticas, que habian quedado rotas por haber colocado el gobierno belga en su ejército á oficiales polacos. Por lo demás, Napoleon no tuvo entonces intenciones de reñir con la Bélgica; y el *Constitutionnel*, que insertó un artículo amenazador por su insti-

gacion, escrito por Granier de Cassagnac, y en el cual aquel escritor se presentaba con demasiada procacidad como inspirado por Napoleon, recibió dos advertencias, en cuya consecuencia podia ser suprimido en cualquier instante (1). A pesar de esto no quedaron desarraigados los temores que se



Baroche, vice-presidente del Consejo de Estado (según fotografía)

habian concebido. El rey Leopoldo estaba persuadido de que eran fundadísimos y supo comunicar su conviccion á la reina Victoria y á la opinion pública de Inglaterra. Se creyó necesario prepararse á una súbita declaracion de guerra, á un desembarco de franceses y hasta á un golpe de mano para robar á la reina de Inglaterra, sorprendiéndola en la isla de Wight. Personas graves como Wellington, que no creían en las intenciones belicosas del presidente, opinaban que Na-

oleon para conservar su popularidad seria capaz de hacer cualquiera cosa (2).

No habia motivo ninguno de dudar á mitad del año 1852 que la popularidad de Napoleon continuaba todavia muy sólida, y apenas habia exageracion en Billault cuando en el discurso de clausura de la primera legislatura invitó á los diputados á que al regresar á sus respectivos departamentos dijesen que habian visto en París, gran centro revolucionario que alternativamente difundia la luz y el incendio sobre el

(1) Granier de Cassagnac: *Souvenirs*, tomo II, págs. 135 y siguientes; Viel Castel, tomo II, pág. 76.

(2) Malmesbury: *Memoirs*, págs. 76-79; Senior, tomo I, pág. 88.